

De paso por palestina

Felipe Grajales Mejía*

Resumen

De paso por Palestina es una crónica de viaje por esa región del medio oriente. Es un recorrido por tres de sus principales ciudades: Ramallah, Belén y Jericó. Todas las impresiones de este viaje van narradas sobre el contexto del conflicto palestino – israelí. Junto con esto se narra un poco de la vida común y corriente de Palestina y de la idiosincrasia de su gente. Se busca ayudar a minimizar los estereotipos que llegan al resto del mundo sobre los palestinos y los israelíes.

Palabras clave: Palestina, Israel, Jerusalén, Jericó, Belén, conflicto, agua, tierra, política, país, estado, ONU, ejército, guerra, historia.

Recibido: 12 de Marzo

Aceptado: 10 de Abril

La primera vez que pasé por Palestina lo hice con un policía israelí de casi dos metros que usaba arete y que terminó siendo la persona que más me ayudó en Israel: Raviv. Cada 20 minutos miraba por el retrovisor y me preguntaba “Felipe, ¿tienes pasaporte? Esto es Palestina”. Un paisaje hermoso y cruel; árido, de montañas ocres y secas esculpidas por el viento. Yo sabía que lo del pasaporte era una broma, no sentía ningún peligro, pero había algo que me parecía extraño. En varias construcciones ondeaba la bandera israelí. Algunas casas abandonadas tenían graffiti en hebreo y por la carretera nos cruzamos con varios buses verdes de la línea judía.

Viajábamos por Cisjordania, uno de las dos entidades territoriales que conforman Palestina, la otra es la franja de Gaza en la frontera con Egipto. Ubicada en el margen izquierdo del río Jordán, es también frontera con Jordania. Es un territorio ocupado por Israel desde 1967 donde se encuentra gran parte de la población del pueblo palestino y algunas de sus principales ciudades. Desde 1993 Palestina tiene algo de autoridad y hasta formó su propio parlamento y escoge a sus dirigentes, sin embargo en muchos aspectos cruciales aún depende de Israel: la posibilidad de sus habitantes de movilizarse por fuera de Palestina, el manejo del agua y otros recursos, el control de la seguridad y del espacio aéreo, el

retorno de miles de palestinos que se encuentran en el exilio y que no pueden volver a sus tierras, el estatus de Jerusalén del Este como su capital y los asentamientos judíos en suelo palestino.

La razón por la que un policía judío cruzaba tan fácilmente una zona en conflicto era porque lo hacíamos por unas de las carreteras judías que atraviesan Palestina. Casi 500 kilómetros de vías sin un hueco, sólo para los judíos y una de las razones de que Palestina parezca “Un queso Suizo” según lo dijo George Bush en su visita a Ramallah a principios de enero del 2008. Piense en un territorio discontinuo donde no todos los pueblos se comunican a pesar de querer ser un mismo Estado. Esta discontinuidad es uno de los principales obstáculos a la hora de pensar en un Estado Palestino.

Llegué a Israel en marzo del 2007 tratando de conocer una región que había visto toda mi vida por televisión. Un punto de vista que sólo muestra buenos y malos en imágenes de minutos donde aparecen políticos con discursos incendiarios, bombas y fusiles disparados al aire en manifestaciones multitudinarias de odio. Varios meses en Israel me habían mostrado algunas realidades que no había visto en los medios, pero la que más me impactó fue la de la gente de ambos pueblos; personas comunes y corrientes, trabajadoras, que no siempre ven al otro como el

* Periodista de la Universidad de Antioquia.

enemigo que pregonan sus dirigentes. En Haifa conocí a Siván, una mujer judía de unos cincuenta años y vestida de negro, que protestaba contra la ocupación Palestina por parte de Israel. En Baram, frontera con el Líbano, conocí a Ory, un joven de Israel que tendría que ir al Ejército y que lucía una camiseta con las banderas de Israel y Palestina cruzadas bajo una paloma y sobre la palabra paz en inglés, hebreo y árabe. Said un vendedor palestino que me dijo “¿Paz? por supuesto, todos queremos la paz, yo creo que podemos vivir juntos”. El día antes de ir a Ramallah conocí a Noam Tobias, una joven israelí que no fue al ejército, ella en cambio se dedicó a trabajo social con niños. Ella me dijo que no sólo debía ir a esa ciudad, que debería conocer otros lugares. Que debía ver la situación de los palestinos y mostrar que no todos los judíos querían acabar con ellos. Le molestaba el estereotipo de odio de todos los judíos hacia todos los palestinos, a mi también me molesta.

Al otro día salí a Ramallah desde la puerta de Damasco, en la ciudad vieja de Jerusalén. Iba acompañado por Giangina Orsini, una antropóloga guajira y Sabrina Abreu una periodista brasileña. Detrás de la silla del conductor había una calcomanía de Sadam Hussein coronado por la bandera Iraquí y sobre la cara de un león y con una leyenda en árabe. Más que la cabeza cubierta de las mujeres, esa calcomanía fue la que me hizo pensar en que estaba en un lugar diferente. Una parte donde Hussein, tan odiado en occidente, es respetado y querido por algunos. Esa imagen estaba a escasos mil metros del muro de los lamentos, el lugar sagrado de los judíos, pero en la parte árabe de Jerusalén donde ahora no hay ninguna frontera física, pero donde no se ve un solo judío a excepción de los policías. Palestina empieza en Jerusalén del este.

Desde 1948 hasta 1967 hubo allí una frontera real entre Israel y Cisjordania, que en ese tiempo era gobernada por el Reino Hashemita de Jordania y que se conoció como la Línea Verde. En mayo de 1948, salieron los ingleses de Palestina, últimos colonizadores de una tierra por la que pasaron antes babilonios, romanos, mamelucos, cruzados y otomanos. Se fueron de un

territorio en el que dos pueblos se disponían a crear su propio Estado, no sin antes dejar los ánimos dispuestos para que estos pueblos se acabaran entre sí. Los judíos soñaban con su tierra prometida. Por su parte los palestinos esperaban dominar esas tierras a la salida del imperio británico. La ONU hizo un acuerdo de paz para la creación de ambos estados en 1947, pero los árabes no lo aceptaron. Los judíos ganaron y pudieron fundar su Estado pero perdieron Jerusalén antigua, donde está el Muro de los Lamentos su lugar más sagrado.

Esto lo recuperaron en 1967, cuando además ganaron otros territorios.

El viaje de Jerusalén a Ramallah no tarda más de media hora. Las montañas son empedradas y si uno repara bien puede ver algo de verde pálido entre las piedras, pero básicamente todo es tierra. Es difícil imaginar cultivos. Según los judíos esta zona es llamada Samaria y Judea, para los palestinos no. Aquí la historia juega un papel muy importante, demostrar que se tiene herencia en un lugar puede convertirse en el salvoconducto para tomar esas tierras. La arqueología aquí sirve para la guerra. La ciudad funciona temporalmente como centro administrativo de Palestina, sin embargo tienen mucho cuidado de no llamarla capital, pues podría dar la falsa impresión de que los palestinos han renunciado a tener su capital en Jerusalén del Este. Desde las montañas se ve la muralla gris que serpentea por todo el territorio hasta donde alcanza la vista. Es la barrera física que puso Israel entre Palestina y su territorio.

La entrada a Ramallah es triste. A pesar del amor que siento por Israel, que reconozco el derecho que tiene a tener su propio estado en esas tierras y que admiro la forma en que han construido su país y lo han desarrollado en tan poco tiempo, mi sentimiento hacia el muro es de repulsión, como lo es también para muchos judíos

que llegan a protestar contra la posición de su propio Estado. Es una muralla de seis metros de alto, que rodea a toda Palestina. Según Israel para evitar el paso de terroristas a sus territorios. Por eso cada persona que sale de allí es minuciosamente revisada. Los palestinos que quieren salir deben presentar un permiso especial y no todos pueden tenerlo. Hay

Piense en un territorio discontinuo donde no todos los pueblos se comunican a pesar de querer ser un mismo Estado

Personas comunes y corrientes, trabajadoras que no siempre ven al otro como el enemigo que pregonan sus dirigentes

que anotar que el muro no conserva las fronteras originales y los desvíos que presenta siempre favorecen a Israel para ganar algo de tierra, no se puede olvidar que esta es una guerra por territorio. Junto a las puertas hay unas torres desde donde vigilan francotiradores israelíes. Es un sitio de mucha tensión. Entrar a Ramallah es entrar a un país pobre, las calles son polvorientas y con tantos huecos que a veces parecen destapadas. Hay basura en el piso, en contraste con las limpias calles judías, a unos metros del otro lado de la barrera. Uno siente que está dentro de algo, que está encerrado, que no puede salir. La idea que me hice fue la de una cárcel gigante.

El muro en el lado de Israel es gris, limpio y silencioso. Parece un testigo mudo. Del lado Palestino es todo un libro que grita y exige. Al pasar el puesto de control hay un estencil de una mujer palestina con su cabeza cubierta, en letras rojas hay una frase en inglés que traduce “Yo no soy una terrorista”. Otros decían “Más puentes menos muros”, “Paren el muro”, “Este muro debe caer”. Quizá las palabras que más se repiten son Paz y Libertad. Hay uno muy llamativo en estencil, que es una silueta de Mahatma Gandhi, sobre un fondo amarillo y con la frase: “Nosotros traeremos amor, algún día este muro no estará en nuestro camino”.

En el centro al fondo de la calle Al Erial se ve la mítica glorieta Al Manarah con sus leones esculpidos en diferentes posiciones. La ciudad está repleta y las aceras llenas de ventorrillos, por lo que los peatones se disputan el asfalto con los autos. Los árabes son comerciantes y los ventorrillos y las publicidades hacen difícil ver que hay más allá. Se venden mangos, panes, camisetas, afiches de Beckham y de Arafat, banderas palestinas, películas piratas, libros, manillas, desodorantes, muñecos de porcelana, barbies con *hijab* – pañoleta árabe- que aquí se llaman Fullas, relojes y todas las chucherías con que China inunda el mundo. Se escucha el pop árabe tan insulso como el pop latino. La diferencia de precios en comparación con Israel es grande, en muchos productos es cinco veces más barato que en Israel, a pesar de que usan la misma moneda, el Shequel (500 pesos

Los judíos soñaban con su tierra prometida. Por su parte los palestinos esperaban dominar esas tierras a la salida del imperio británico

Desde las montañas se ve la muralla gris que serpentea por todo el territorio hasta donde alcanza la vista. Es la barrera física que puso Israel entre Palestina y su territorio.

colombianos aproximadamente). Las mujeres más liberales llevan su pañoleta que sólo cubre el cabello y usan jeans ajustados, las conservadoras tapan toda su cara y usan vestidos amplios que no permiten ver el contorno de la figura. Los hombres caminan tomados de la mano, como es tradición árabe y con camisas ceñidas y muy brillantes. Los niños y las ancianas piden una moneda y a cambio entregan un adhesivo con un verso del Corán en árabe. El ambiente es muy tranquilo, la gente va sonriente y muchos saludan a los visitantes sin otro motivo que la cordialidad. Cabe anotar que la hospitalidad árabe no es ningún mito.

En uno de los centros comerciales que están detrás de los venteros ambulantes hay un letrero luminoso que dice “Sport and elegant, new point Colombia”. Adentro un hombre preguntaba en español dónde estaban los vestidos y una musulmana cubierta del todo le respondió que arriba. Yo me inmiscuí en la conversación alegremente. El dueño del almacén es Alhman Mustafa Salama, un sanandresano de padre palestino que vive allí desde 1992. Su hermana, también colombiana se retira. Mustafa fue marinero, pero su padre al entrar a la vejez decidió volver a su tierra con su familia. Está como ilegal para Israel desde hace muchos años, lo que le impide sacar el permiso para poder atravesar el punto de control pero dice “Aquí no tengo ningún problema, nadie me molesta”. Los sábados se reúne con muchos colombianos que viven en Israel y que van a mercar a Ramallah por la diferencia de precios. Mustafa dice que a veces extraña Colombia, pero que lleva una vida muy tranquila en Palestina. Desde allí regresamos a Jerusalén, la ciudad santa que para los árabes se llama Al Quds.

El nombre de Jerusalén traduce ciudad de la paz, pero si algo caracteriza a esta ciudad son los ríos de sangre que han corrido por sus calles en toda la historia. Es ciudad sagrada para cristianos, judíos y árabes. Tanto Palestina como Israel reclaman esa ciudad como capital de sus estados. Después de la guerra del 67 se borró la frontera física, pero para efectos internacionales hay dos zonas: Jerusalén del Oeste para los judíos y Jerusalén

del Este para los árabes. Sin embargo en la zona oriental se construyen miles de casa en asentamientos judíos, así también pasa en Cisjordania y en Gaza. Estos son zonas pobladas por judíos en lugares que pertenecen a Palestina. Son barrios con todos los servicios y las comodidades y con muchas facilidades de pago para los que deciden habitarlos. La Corte Internacional de Justicia, La ONU y la Unión Europea han dicho que los asentamientos violan la Convención de Ginebra. A la hora de una separación este será todo un problema en las ya inestables condiciones para la fundación del Estado Palestino, un primer desalojo de colonos ya se hizo en Gaza por parte de Israel y resultó traumático para su propio pueblo.

En contraste con esto no todos los palestinos habitan Palestina. Uno de los principales problemas que tendrá que afrontar el Estado Palestino con su creación será el retorno de los refugiados en otros países. Aunque no se ha realizado un censo oficial y las cifras se pueden utilizar de manera política, se estima que más de la mitad de su población está por fuera de su país y que no regresan por que Israel no lo permite. Cuando el Estado sea totalmente independiente, el regreso de todos estos será un golpe muy fuerte para la economía palestina.

Unos días después estuve en Belén, quizás la ciudad palestina con más turismo. Allí se encuentra la Iglesia de la Natividad. La ciudad también esta rodeada de asentamientos judíos. Belén tuvo mucha población cristiana, pero se han ido yendo. Tradicionalmente la coexistencia entre judíos, árabes y cristianos no había representado ningún problema. El problema con los judíos se inició con la guerra y la situación se ha hecho crítica sobre todo en las zonas de asentamientos. Sin embargo, el trato con los cristianos por parte de musulmanes y judíos es de mucho respeto. La ciudad está empapelada de fotos de Yaser Arafat, el caudillo palestino. Se puede decir que después de muerto aún sigue influyendo, precisamente ahora cuando Al Fatah (grupo político de Arafat) y Hamas se disputan en guerra a muerte los territorios palestinos. Según parece Arafat era el único con el poder suficiente para mantener unido al pueblo palestino.

Después de Belén, viajé a Jericó, la ciudad donde se dice que se estableció la primera civilización. Es la ciudad más baja del planeta a menos 250 metros sobre el nivel del mar. La primera impresión que tuve fue la de entrar a un pueblo costero de Colombia. Una plaza principal, tiendas de abarrotes, cigarrerías, dulcerías, jugueterías con pelotas de caucho exhibidas afuera, venta de camisetas. Giangina, la guajira, me dijo lo mismo. No hay que olvidar que en la costa norte colombiana hay una gran colonia árabe. Un hombre de unos cincuenta años se me acercó y me dijo “Palestina es bonita, no es peligrosa, eso es la fama que nos quieren dar para que no nos visiten». De hecho a la entrada de Jericó está el hotel Intercontinental Jericó, una mega construcción abandonada por

la falta de clientes que temen visitar Palestina. Y frente a las ruinas de la Antigua Jericó hay otro importante hotel abandonado. Nosotros nos hospedamos en el Simas Palace, decir que es un palacio es algo exagerado, pero si pudo haber sido una casa importante de Jericó en un tiempo lejano. El hotel es grande pero al parecer éramos los únicos huéspedes.

En la plaza principal hay un mural, son dos palestinos mirándose de frente mientras se apuntaban con sus metralletas.

Hay uno, en “esténcil”, muy llamativo que es una silueta de Mahatma Gandhi, sobre un fondo amarillo y con la frase: “Nosotros traeremos amor, algún día este muro no estará en nuestro camino”.

De los cañones sale un signo de interrogación roja que se iba convirtiendo en gotas de sangre. Debe ser por el conflicto de poderes que hay entre Al Fatah y Hamas. El primero es el que siempre había tenido el poder en Palestina, es el grupo de Arafat, y son los que más se han acercado a Israel. Siempre ha sido criticado por la corrupción, pero ahora sin un líder tan fuerte enfrenta muchos problemas. Sin embargo está en el poder con el presidente Mahmoud Abbas, su brazo armado es el ejército palestino, reconocido como tal internacionalmente. La policía también les pertenece. Para muchos no está bien que un solo partido controle las fuerzas armadas. Su principal bastión es Cisjordania. El otro grupo es Hamas, siempre ha sido conocido como un grupo radical en contra de Israel. Son los causantes de la mayoría de atentados terroristas y se niegan a reconocer la existencia del Estado de Israel. Como partido político alcanzaron la mayoría de

escaños en el parlamento en las elecciones de 2006. Muchas personas atribuyen ese triunfo a su reputación anticorrupción y a su trabajo social, que contrasta con la de Al Fatah. A principios de 2007, Hamas organizó una revuelta en Gaza que se convirtió en una especie de guerra civil palestina. Según algunas encuestas la gente quedó decepcionada de la actitud de Hamas, y eso se podría reflejar en las elecciones, lo que repercutiría en una posibilidad más grande de un acuerdo de paz entre Israel y Palestina.

Desde la plaza de Jericó caminamos hacia el Monte de la Tentación. Bajo un árbol de más de dos mil años, mencionado en la Biblia porque por él pasó Jesús, estaba Nails, un taxista que habla español porque vivió en Barcelona. Nos ofreció sus servicios, pero le dijimos que no. Lo acompaña Said quién nos invitó a la fiesta de grados de su hijo. Quedamos de encontrarnos a las ocho de la noche en el parque. Nosotros seguimos nuestro camino bajo un sol inclemente que hace de la botella de agua un elemento casi de supervivencia. Un judío me enseñó que en el desierto hay que tomar sorbos pequeños, para que el cuerpo pueda absorber el líquido y no se vaya todo en la orina.

Desde el Monte donde el diablo tentó a Jesús la vista es impresionante. Se ve todo el desierto y Jericó como un oasis. Al fondo, no muy lejos, se levantan las montañas de Jordania. Y hacia el sur el imponente Mar Muerto. El punto más bajo de la tierra, un lago cuya agua es siete veces más salada que el mar. Pienso que de allí pudo haber salido la frase “estar salado”, pues es increíble tener tanta agua en un desierto y que no sirva para nada. Si fuera agua dulce quizás la historia de esa zona sería diferente. Uno de los temas claves a la hora de una negociación será el agua, pues por aquí no abunda. Los israelíes controlan casi toda el agua de la zona, representada principalmente en las superficiales del río Jordán y las subterráneas de acuíferos tanto

en Palestina cómo en Israel. En Jericó se siente que el agua no sobra, en el hotel nos advirtieron que no gastáramos mucha. Se sabe que los Palestinos usan mucha menos agua que los judíos, además estos últimos han basado en la agricultura parte de su economía –no tanto ahora como en el principio-, pero sobre todo es parte esencial de su cultura y del desarrollo que se puede ver. Con el manejo del agua y mucho trabajo, Israel le ha ganado tierra al desierto. Pero en Palestina los cultivos no se ven tan impresionantes, a duras penas se ven algunos campos sembrados.

En la noche nos encontramos con Said en el parque, estaba puntual. Pide unas cervezas para nosotros. Él no toma licor, en el Islam está prohibido. Luego llegó un amigo de Said que nos dio la mano a todos los hombres, pero deja estirada la de Giangina. Apenado le explicó que iba a orar a la mezquita y tenía que estar puro, sin haber tocado mujer antes. En la fiesta estaban todos los jóvenes al frente y nosotros nos sentamos en primera fila. La única mujer era Giangina, las familiares estaban en un balcón de la casa, todas hablan entre si y separadas de los hombres. Había una tarima donde un hombre ensaya una organeta y un equipo de sonido. Pasaron repartiendo coca cola con unos deliciosos Muffins rellenos de almendras. Después nos llevaron cervezas a nosotros, luego pasaron con agua, galletas de chocolate y café turco. La fiesta se animaba más y más y salieron los bachilleres. El hijo de Said llegó en hombros, cargado por sus compañeros como homenaje por ser uno de los mejores bachilleres.

Empezó la música y se armó el baile. Los jóvenes se hicieron frente a la tarima y se dedicaron a bailar entre ellos. Las mujeres arriba no participaban. La masculinidad en oriente, una sociedad no muy abierta con los homosexuales, es diferente a la nuestra. Allí los hombre bailan entre si y caminan tomados de la mano por las calles. Mientras bailan se contornean, mueven la cintura y

Tradicionalmente la coexistencia entre judíos, árabes y cristianos no había representado ningún problema. El problema con los judíos se inició con la guerra y la situación se ha hecho crítica sobre todo en las zonas de asentamientos

La masculinidad en oriente, una sociedad no muy abierta con los homosexuales, es diferente a la nuestra. Allí los hombre bailan entre si y caminan tomados de la mano por las calles.

las caderas. Giangina está encantada con el baile y ellos nos invitan. Como ella es cristiana no hay problema en que baile de manera sensual. Son jóvenes palestinos, estudiantes y disfrutando de una fiesta. Lejos de todo estereotipo. Nadie habla de política y nadie parece preocuparse. Son tan amistosos y rumberos como muchos de mis amigos judíos. Le pregunté a Said que pasará con su hijo y me dice que estudiará una ingeniería. Palestina requiere jóvenes profesionales, incrementar su

capital humano. La pólvora se hace cada vez más fuerte y un hombre anciano saca su revolver y estalla seis tiros al aire, yo me alegro de que no estén borrachos. La fiesta se anima más, todos levantan las manos con los tiros, pero lo toman como un juego. Para ellos es parte de la celebración. Para mí el recuerdo de los estereotipos que había visto en la televisión desde siempre, un palestino disparando al cielo. Pero esa imagen ahora es tan diferente como la Palestina que conocí. ■